

CRONICA Y CRITICA DEL MEJOR BAILARIN DEL MUNDO

Vatzlav Nijinsky, el constante secuestrado

Intelectuales y artistas de Varsovia colocarán en los primeros días de este mes, una lápida conmemorativa del bautizo de Vatzlav Nijinsky en la Iglesia Católica de Polonia, a pesar de su casual nacimiento en Rusia. Quiere darse a este acto una significación que, en estas circunstancias europeas, pone en primer término de actualidad periodística la figura del gran bailarín de fama mundial, que en 1917 actuó con éxito fabuloso en nuestro Gran Teatro del Liceo, visitando luego varias veces Barcelona. En su recuerdo, dedicamos una semblanza literaria, encomendada a nuestro colaborador Pablo Vila San-Juan.

Una mujer
Una mujer, joven y arrogante —Romela Pulszyk—, atendiendo a la indicación del eminente psiquiatra de Zurich, doctor Bleuler, entró tras él en su despacho y escuchó aterrada la voz severa del profesor:

—Y ahora, hija mía, sea Ud. muy valiente. Tiene Ud. que llevarse a su hija y deben separarse de su esposo. Desgraciadamente no puedo hacer nada. Su marido es víctima de una locura incurable.

Salió vacilante. En la sala de espera, mirando unas revistas, le aguardaba un hombre que momentos antes había soportado el minucioso reconocimiento médico y contestado a todas las preguntas del doctor Bleuler. Sonrió al verla aparecer, y brillando en sus ojos una chispa extraña le dijo besando su frente:

—Fermenka (muñerita) ¿me traes la sentencia de muerte?

Intentó ella convencerle de lo contrario con palabras amables, que pronunciaba temblando, y quiso disfrazar su palidez con una sonrisa forzada. Pero el hombre —al que toda una autoridad reconocida mundialmente como eminente neurólogo había desahuciado— le interrumpió nervioso:

—No te esfuerces en disimular. Es el fin de mi destino. Siempre estuve en mi cuerpo y mi espíritu secuestrados por algo ajeno a mí. En la niñez fue la estrechez de mi casa y la esclavitud de mi patria polaca; de joven, mi pasión por la danza que me alejaba de todo; luego la catastrófica dominación de Diaghilev que envenenó mi cuerpo exaltando mi fiebre de artista. Más tarde mi liberación por tu amor, que despertó mi virilidad, sometiendo a tu devoción. Ahora se ha juntado la anemia de mi cuerpo y la saturación de mi espíritu, y el cerebro ha estallado con el secuestro final de mi razón.

El esposo que así hablaba se llamó Vatzlav Nijinsky Bereda.

Como nace un bailarín

Tomás Nijinsky, polaco, perteneciente a la cuarta generación de célebres bailarines, no pudo entrar a formar parte del elenco del Teatro Imperial ruso por su condición de extranjero; pero formando compañía autónoma, con elementos moscovitas, se presentó en la Exposición Universal de París, en 1885, ofreciendo al público europeo por primera vez el «ballet ruso». Conoció entonces la alumna de la Escuela de Danza de Varsovia, Eleonora Bereda, hija de terratenientes nobles que, horrorizados a causa de la vocación de su hijo por el baile y el teatro, enfriaron sus relaciones familiares con ella hasta casi ignorarla. La misma noche que venía al mundo el segundo hijo del matrimonio Nijinski-Bereda, que había de llamarse Vatzlav, Eleonora bailó en escena, por lo que al niño se le conoció como «hijo del baile». El padre sufre un accidente en que pierde una pierna y Eleonora con sus tres hijos —Estanislao, Vatzlav y Bronia— ante la miseria a que les lleva la inutilización del bailarín-jefe, admite huéspedes en su modesta casa, mientras Estanislao entra en una relojería de aprendizaje. Bronia le ayuda en las faenas domésticas y Vatzlav que ha heredado por tradición familiar paterna, la pasión por la danza, ingresa a los siete años en la Escuela Municipal de Moscú, donde se le inscribe como nacido en Kiev, la ciudad de las cuatrocientas iglesias, en la Rusia del Sur, en 28 de febrero de 1890; aunque su madre, polaca ciento por ciento le hace bautizar en la Iglesia Católica de Varsovia, inscribiéndole en el archivo parroquial de Polonia.

Gracias al emperador Pedro el Grande, decidido impulsor de la música y del baile ruso, influido por la Zarina Ana Ivanova, que ya en 1735 había fundado la Escuela de Danza, Vatzlav es admitido en los ensayos durante dos años, tomando parte en las óperas del Teatro Mariinsky como comparsa. En una de sus interpretaciones, casi anónima, llama la atención de Nicolás II, que le regala un reloj de oro. En 1907, en el papel de marqués, en el ballet «Pabellón de Armidas», realiza su examen definitivo y entra oficialmente de bailarín en la Opera Imperial de San Petersburgo.

En el ambiente renacentista ruso que crea y fomenta un grupo de intelectuales, músicos y pintores, destaca el joven Sergei Paulovitch Diaghilev, hijo de un noble general, propietario de grandes destilerías de alcohol, y muy afecto a la Casa Imperial. El hijo, hombre de moda en los altos medios sociales, derrochador y amigo de artistas, quiere componer música y fracasa; quiere pintar cuadros y no logra éxito. Como le pasaba a Disraeli, el gran ministro inglés, al que los escritores llamaban «gran estadista» y los políticos «gran escritor», a Diaghilev los pintores le consideraban como «buen músico» y los músicos como «excelente pintor». Pero como era amigo y mecenas de todos ellos, formó una escuela

combinada de ambas artes con miras al teatro, y puso en primera fila a un judío, decorador de prestigio: Leon Bakst, con el que viajó por toda Europa, organizando luego en Moscú una exposición de pintores contemporáneos, con intervención en sesiones especiales de músicos y escritores.

El encuentro
Bakst decora el Teatro Mariinsky —como se llama a la Opera Imperial— y, durante las representaciones, se fija en el joven bailarín Nijinsky. Le habla de él a Diaghilev y, por fin, lo lleva a una de las reuniones orgiásticas que organiza en su lujoso departamento.

A Diaghilev, que tiene veinte años más que Nijinsky, le encanta la timidez, la humildad y, sobre todo, el maravilloso arte del bailarín adolescente, que en las reuniones juveniles danza de modo admirable, exhibiendo con estilo perfecto, su asombrosa agilidad de gimnasta y una escuela tan nueva como extraordinaria. El gusto artístico de un lado, y la discutible moral de otro, que forman la psicología físico-social de Diaghilev, dan por resultado un entusiasmo de este por Nijinsky que no solamente es de admiración y afecto, sino también resultado de un cálculo empresarial que adivina en el muchacho una mina fabulosa. Estrecha su amistad con él, le colma de regalos y ayudas para su familia y, por fin, le propone la formación de una compañía de ballet ruso a base de ser él la primera figura y debutar en París para alcanzar la gloria mundial. Obtenido el inevitable permiso del Zar, la



Nijinsky en «Pabellón de Armidas», uno de sus primeros éxitos

formación aparece en el parisiense Teatro Chatelet, en 1909, con «El pabellón de Armidas» y «El príncipe Igor». El éxito es sensacional.

De regreso a San Petersburgo y reingresado en la Opera Imperial, Nijinsky estrena su ballet «Gisela». Asisten al acto las duquesas Olga y Tatiana, hijas del Zar, y se escandalizan ante el traje de Nijinsky, que juzgan pornográfico. La Zarina María Fedorovna exige la dimisión del bailarín. La dirección del teatro da sus explicaciones, alegando que en París se ha dado «Gisela» en idéntica forma sin la menor protesta; pero se niega el derecho a la rectificación, y Nijinsky rompe definitivamente con el teatro oficial. Es precisamente lo que spera astutamente Diaghilev para hacerse el completamente suyo, ya que su dominio sobre

Nijinsky es cada vez mayor, dado el carácter desvaído, soñador e ilusionado del joven, que sólo de impulsos a la danza. Libre de toda obligación oficial, y rotos los compromisos, se dedica a la Opera Imperial, Diaghilev es su único sostén, mentor y empresario. Este se apresura a rodear a Nijinsky de un cuerpo de baile escogido, y con la colaboración escenográfica de Bakst y músicos de la altura de Stravinsky, llevando de divo a Nijinsky, nace la famosa compañía de ballet ruso que logra triunfos universales marcando una época, sensacional en la historia de la danza.

Compañía propia

En 1911, después de duros ensayos y de convencer a Nijinsky de que la compañía es suya, reservándose Diaghilev la dirección general y la parte financiera, a la que atiende sin reparos, pasa el conjunto la frontera rusa por Edtkuhnen para no volver más. Montecarlo, Roma, París, Londres y Berlín aclaman al perfecto conjunto, y la riqueza y los honores llueven sobre Diaghilev y Nijinsky. Este, entusiasmado por el triunfo —el gran sueño de su vida— y dando rienda suelta a sus fantásticos proyectos de escenografía y coreografía, para los que únicamente vive, crea en 1912, «La siesta de un fauno», que estrena en París provocando un tumulto la noche primera a causa de los desnudos exhibidos, pero que más tarde se transforma en gran éxito alentado por snobistas y parte de la prensa francesa. Luego estrena los ballets «Juegos» y «La consagración de la Primavera».

El famoso escultor Rodin, que le ha defendido contra parte de la prensa conservadora —especialmente «Le Fíguro»— esculpe su figura, y en la inauguración de la escultura en los estudios del artista que reúne al todo París intelectual, artístico y periodístico, aprovecha la ocasión Nijinsky para decir: «El arte no es una imitación de la naturaleza sino su misma imagen, obtenida por unos medios artificiales».

Llueven los contratos. América reclama la presencia del primer bailarín del mundo, y las fabulosas cifras que ofrecen empresarios y hasta gobiernos, deciden a Diaghilev, un poco a regañadientes, a aceptar una corta temporada en Buenos Aires —Teatro Colón—. Pero como él no puede acompañar a la compañía por retenerle negocios que le es imposible abandonar, nombra director de la gira al barón Guntzberg, que embarca en Marsella al frente de bailarines, equipajes, decoraciones y músicos.

Aparece el amor

Cuando la Compañía Diaghilev, en una de sus «turnees» por Europa, actuó en Budapest, una señorita húngara llamada Romola Pulszky, hija de la primera actriz trágica Emilia Markus, se enamoró locamente de Nijinsky. El hombre y el artista ejercieron conjuntamente sobre ella tal fascinación, que desde aquel momento le siguió a todas partes, sin haberle sido presentado y sin conocerla ni de vista el bailarín famoso. Llega a tanto su pasión, que utilizando amistades e influencias, logra entrar en la compañía de meritoria con el propósito de ver de cerca y a diario a su ídolo, siempre ignorante del amor que ha despertado. Con la compañía navega hacia Argentina la señorita Romola, confundida entre el cuerpo de segundas bailarinas. Nijinsky, durante la travesía se ha encontrado varias veces con ella en pasillos o en el comedor, observándola cuando cruza da puerta de su camarote cada mañana en que, por una rara casualidad, la señorita Romola pasa como distraída por él, en dirección a la toldilla de lujo. Y en ella coinciden una noche estrellada, admirando como simples compañeros de viaje, la majestad del inmenso mar bajo un cielo donde la luna es góndola de plata.

Nijinsky siente de pronto una sensación arrolladora completamente desconocida para él. Una intensa revolución íntima que produce en su cuerpo y en su espíritu el descubrimiento de algo misterioso que jamás supuso. Llama al



Nijinsky tres años antes de su muerte, ocurrida en 1950. (Foto Archivo.)

barón Guntzberg y por él se entera de quién es aquella muchacha, de que va con ellos formando parte de la compañía, y de que está enamorada de él desde un lejano día en que le vio bailar en Budapest. Inmediatamente, Nijinsky se siente otro hombre. Lejos de la influencia de Diaghilev, que ostruye todos los caminos de su evasión, comprendiendo al fin, el secuestro moral y físico en que ha permanecido muchos años en total inconsciencia, renace —casi mejor, nace— a la vida normal del hombre completo y ruega al barón Guntzberg que vaya a pedir la mano de la señorita Romola Pulszky. La noticia cae como una bomba en la compañía y en todo el barco. Luego el radiotelegrafista la comunica a todo el mundo y la prensa de todos los continentes, un poco asombrada por la equivocada fama del bailarín, estalla en elogios y folletines sensacionalistas.

El capitán del barco —protestante en religión— quiere casarlos con gran boato en la cámara central, pues tiene facultades cívicas para ello; pero Nijinsky dice que es católico, bautizado en Varsovia, y que sólo admite el casamiento por su Iglesia, con todos los requisitos que ésta exige.

La llegada a Buenos Aires es de escándalo. En el muelle esperan a Nijinsky y a su novia, artistas, periodistas, políticos, miembros de las colonias polaca, rusa y húngara, y millares de curiosos que no sólo quieren aclamar al artista, sino también a la mujer que ha podido con su amor deshacer la equívoca situación. La boda se celebra con caracteres íntimo en la Iglesia de San Miguel, bendiciendo la unión el arzobispo de Buenos Aires y asistiendo el Ayuntamiento, que luego les obsequia con un banquete-homenaje. Del mismo salen los recién casados para ensayar a las pocas horas en el Teatro Colón la función correspondiente. Al volver al Hotel Plaza, donde se hospedan, les entregan un telegrama urgente que dice escuetamente: «El ballet ruso de mi empresa, no necesita más vuestros servicios. Innecesario que vuelvan. Sergui Diaghilev».

Solos y prisioneros

Nijinsky no se aturde, pero su débil constitución sufre una depresión nerviosa que oscila entre la indignación, la añoranza de muchos años de trabajo y, al mismo tiempo, de asco. Se rehace lentamente y decide trabajar sólo, ya que ha sido expulsado de la compañía. Al faltar el divo tal formación tiene que disolverse, pues el público porteño le vuelve la espalda y el consulado los reenvía a su país. Vuelven a Europa Nijinsky y su mujer, y con motivo de la boda Kernet-Roovelt, celebrada en la embajada de los Estados Unidos, en Madrid, Nijinsky recibe una invitación y danza ante los reyes de España, que asisten al enlace, y que luego les agasajan, simpatizando con la feliz pareja.

A poco, nace una hija: Kira Vatzlavona Nijinskaya, que llena de luz y alegría la vida del matrimonio. Nijinsky, que desde la noche romántica en alta mar no vé más que por los ojos de Romola, de la que acaba enamorándose frenéticamente, con el impulso sometido que es el destino de su vida, halla en el cariño de la hija un bálsamo reparador de todas sus pasadas amarguras. Van a Londres, después a Viena. Y allí les sorprende la declaración de guerra de 1914. Su mujer y la niña se trasladan a Budapest para cuidar a la madre enferma. Nijinsky se reúne luego con ellas, al suspenderse los espectáculos de la capital austriaca por razones de guerra. Y en Budapest son detenidos por ser legalmente rusos y, por lo tanto, enemigos del país en aquellas circunstancias. Declarados «prisioneros de guerra», pasan meses angustiosos trasladados a Karlsbad, a un campo de concentración. Por fin logran que les lleven a Viena y, sometidos a vigilancia rigurosa, caen en el Hotel Bristol, cuyo dueño, Mr. Wolf, renuncia a todo estipendio, en memoria de las muchas veces que Nijinsky, con su compañía, habitó espléndidamente su casa.

La protección de Alfonso XIII

La embajada de España le comunica a su país la presencia y detención de Nijinsky en Viena, e inmediatamente el rey Alfonso XIII telegrafía al emperador Francisco-José interesándose por la

libertad de los presos. También el monarca español telegrafía a S.S. el Papa, recordándole la religiosidad católica del gran artista, y el Pontífice intercede asimismo cerca de los dirigentes que les retienen. Por fin, el embajador español recibe de Madrid instrucciones para que el matrimonio y la niña se presenten en la embajada de los Estados Unidos, donde el embajador Mr. Panfil comunica a los artistas que van a ser «prestados» a Mr. Russell, representante del «Metropolitan Opera», de Nueva York, que les espera en Burdeos. Allí embarcan rumbo a América en el «Rochembrau». Antes, Nijinsky ha querido pagar los gastos que todo ello ha ocasionado, pues acaba de percibir un fuerte adelanto de la empresa americana; pero el embajador de España le manifiesta que nada debe, pues todo ha sido abonado, como obsequio a su arte, y en nombre particular de Don Alfonso XIII.

El secreto de Nijinski y su declive

Han sido muchas emociones en pocos años. Los nervios del bailarín, ya de por sí supersensibles, agudizados por el paso del tiempo, que ya ha marcado algún hilo de plata sobre la frente de Vatzlav, entre alegrías y amarguras, carinos y envidias, inquietudes eternas y vacilaciones íntimas, han sufrido una constante tensión que su mujer va observando alarmada. Insomnios, vahidos, una caída al ensayar su famoso salto, y depresiones larguissimas a lo largo de una fatigosa gira por los Estados americanos, han ido mirando su débil naturaleza. El doctor Abbé, al que le obliga, casi a trastras, a visitar, con motivo de la caída que le ha torcido un pie, le dice textualmente: «Nada de particular. Seguirá bailando. Será un atavismo ¡la quinta generación de danzarines! Ello queda puesto de relieve no sólo por su formación y sus ejercicios continuos, sino incluso por todo cuanto sabemos de sus antepasados. He aquí el secreto de su asombroso don. Su pie no acusa la misma estructura anatómica que el de los demás humanos, sino que parece una transición entre la planta humana y la de los pájaros. No es extraño que sepa volar, ¡si es verdaderamente un pájaro!».

En Nueva Orleans se despierta a medianoche y, alucinado, grita a un ejército de bailarines que cree están en la habitación, dictándole órdenes; y en Canadá emprende una caminata hablando solo y haciendo aspavientos. Acuden nuevamente a los médicos especialistas, y estos acuerdan que necesita urgentemente una temporada de reposo total. Van a Saint Moritz, donde parece recuperarse algo. Pero vuelven los alarmantes alucinaciones y, por fin, ingresa en el sanatorio Bellevue de Kreuzlingen, donde después de seis meses, al negarse a tomar alimento, su mujer lo retira, llevándole nuevamente a Saint Moritz, único sitio donde se calma.

Es el año 1918 y el diagnóstico del doctor Bleuler de Zurich se confirma en todas sus partes. Hasta 1950 en que muere, Nijinsky no tiene día sano ni hora tranquila. Su extraordinaria imaginación, exaltada por la total descomposición de sus nervios, ofrece el triste espectáculo del espíritu de un gran artista en el cuerpo de un pobre demente.

Otra vez la mujer

Ha pasado tiempo. De la Iglesia Católica de Versovia —donde estos días se colocará una lápida conmemorativa— sale una dama prematuramente envejecida y de cabellos blancos, a la que acompaña una linda señorita que se llama Kira. En la plazuela que luce árboles y una fuente frente al campo, unos chiquillos danzan al son de una cornamusa y varios violines que empuñan mozaletas del país. Un jovencito que parece dirigir el baile, exclama entusiasmado: «Seremos Nijinsky!».

La dama aprieta contra su pecho a la señorita Kira y recuerda la frase de su marido cuando antes de ingresar en el manicomio, mirándole sonriendo, le dijo casi sin voz:

—¡Valor Fermenka! No pierdas la esperanza. ¡Dios existe!

Pablo VILA SAN-JUAN

¡TODO LO QUE VD. QUISO COMPRAR COMPRELO AHORA A GO-GO MINI-PRECIOS EN BOUTIQUE PARA REGALAR... ó REGALARSE el drugstore

DEL PASEO DE GRACIA NOCHE Y DIA del 9 al 20 de enero